



El Señor

DON PEDRO LOPEZ RODRIGUEZ

Ha fallecido a los 77 años de edad, después de haber recibido los Auxilios Espirituales y la Perdición de Su Santidad

D. L. H. D. S. S. G.

Sus desconsolados: hijos, Antonia (ausente), María de la Asunción y Miguel; hijos políticos, José Victoria (ausente), Manuel Noales, Director del Banco Hispano Americano en esta plaza, y Purificación Menduña; nietos, sobrinos y demás familia,

Al participar a sus amistades y personas piadosas tan dolorosa pérdida, les ruegan una oración por el alma del finado, quedándoles reconocidos por tan señalado favor.

Lorca, 21 de Mayo de 1934

Camino adelante

De la sesión del Viernes

Entrábamos por las puertas de la Casa municipal a las siete y media, es decir, una hora después de aquella hora que debió empezar la sesión. Pero ésta no había empezado aún. ¿Causa? Que el Delegado del señor Gobernador no había llegado aún a Lorca. La tardanza era inexplicable e inquietante. ¡Son tan frecuentes los accidentes de automóviles... Se preguntó por teléfono al Gobierno civil. Contestaron que no sabían nada. Oímos decir que los concejales radicales presuntos amos de la situación estaban ya una hora en los escaños del salón de actos esperando la venida del Mesías prometido. Veintiséculos ha lo espera el pueblo judío y para éste el Mesías no ha llegado aún.

— ¡Hasta para echarnos se les hace tarde!—dijo un concejal radical-socialista.

Los bocinazos de un auto que a 80 por hora ascendía

por la calle de Prim, agolpó al público en el balcón corrido de la Casa grande. En efecto no había sucedido percance al coche. El percance lo acababa de sufrir el Ayuntamiento de Cehegín de donde venía el señor Delegado. Y se constituyó el Concejo en sesión.

La tribuna pública abarrotada de público. Lo mismo las galerías, los pasillos, hasta la escalera... El ambiente malsano. Respiraciones altas, respiraciones bajas, sudores. Nos quedamos en la galería central un tantico más despejada que las demás. Había cerrado totalmente la noche. Un numeroso grupo de chiquillos jugaba en la Plaza de la República persiguiéndose unos a otros dando estridentes gritos... Era el nuevo juego de las persecuciones. Los niños son, naturalmente, eternos imitadores de los hombres.

Sólo a cortos intervalos llegaban a nuestros oídos las

palabras de los ediles, los rumores del público y de vez en vez los campanillazos de la Presidencia.

—¿Quién habla ahora?

—Es Sanmartín que quiere atacar—nos dicen.

Los chiquillos gritan, los rumores se pierden. Silencio relativo después, y una voz del salón que suena fuerte.

—Es Requena que ataca—oímos decir.

Hasta nosotros llegan algunas palabras... «los Alcaldes que han sucedido a usted... recaudaron más, administraron mejor...» Y luego suenan cifras... cifras... años... presupuestos... Aumenta el griterío infernal de los chiquillos en la plaza... La discusión llega hasta nosotros como murmullos confusos... ¡Malditos chiquillos! Pasan algunos minutos. Los muchachos corren unos tras otros en tropel... Amenguan sus voces. Oímos con más claridad las que vienen del salón... Juraríamos que es don Alfredo el que habla... Se defiende del ataque de Requena. Habla de cuando fue presidente de la Comisión gestora y a continuación Al-

calde... Rumores de reproche en el público. Campanillazos. El edil radical continúa hablando; se ocupa de su gestión recaudatoria y administrativa al frente de la Alcaldía: Dice que al venir él a ese puesto, no halló padrones, no halló repartos hechos, no había nada...

Una voz:

—¡Pido la palabra!

—¿Quién la pide?—preguntamos a los que delante de nosotros oyen mejor.

—Es García Alarcón... Es don Paco... Es el ex Alcalde reformista nos aseguran.

Sanmartín continúa con la voz más apagada... De la plaza vuelven a subir hasta la galería las voces de los endemoniados chiquillos,

Una voz: —¡Te caiste, gachó!

Otra: —No vale, no vale.

La voz anterior: —¡Vaya si vale! ¿Quién te manda ser torpe?

Otro chiquillo —Es que no sabe el terreno que pisa.

Otro del corro—¡Duro con él!—Y los dichosos niños corren hacia la calle de la forzada amante del último rey goda, causante de la desdi-

cha de nuestra patria. También en el salón se ha restablecido el silencio. —Tiene la palabra el Sr. García Alarcón—dice una voz. El silencio se hace más profundo aún. Gracias a esto podemos oír un poco mejor.

García Alarcón—No esperaba tener necesidad de intervenir en este debate, todavía que la minoría republicano-liberal-demócrata a la que pertenezco, es, digámoslo así, ajena al asunto que se ventila. Pero el Sr. Sanmartín haciendo una afirmación totalmente inexacta, me fuerza a hacer uso de la palabra para decirle que, con todos los respetos que merece su persona, no puedo tolerar que diga que cuando vino a ponerse al frente de la Administración de esta Casa, ni aquí había padrones ni había repartos ni había nada. Yo no puedo permitir que pretenda dar a cuantos nos escuchan una sensación de dejadez, de abandono, de inactividad, de negligencia por parte de la persona que ocupaba el puesto de Alcalde en aquella época, porque esa persona era yo, y cuando abandoné esta Casa,